

Así calcula sus males
nuestra condición humana.
¡Maldición
sobre tan vil condición!
¿No hay más deudos ni parientes
que las muelas y los dientes?
¡Ay! di á tu amiga, PASTOR,
que, si muere
de nadie gloria ni amor
nunca espere;
pues, llenando el ataúd
do le encierran
con amor, gloria y virtud,
¡al que se muere lo entierran!

XX

VIVIR MURIENDO

Vivit, et est vitæ necius ipsa suæ
(OVIDIO)

Al nacer me recibieron
la vida y la muerte en brazos,
y, al ver tan opuestos lazos,
con torva faz prorrumpieron:
—¿Qué buscas aquí, perdida?—
dijo á la vida la muerte.
—¿Nació para ti, por suerte?—
dijo á la muerte la vida.
—Dios á mi eterna morada—
responde aquélla,—le envía.
—Soy, para entrarle en la mía,
dice ésta, de Dios enviada.
—Pues vuelva al seno de Dios,
y su justicia decida
si es de la muerte ó la vida,—
claman á un tiempo las dos.
Y haciendo audaz cada una
presa en el mísero infante,
lleno de llanto el semblante
me levanté de la cuna.
Entre ambas camino incierto,
dudando mi fantasía
si antes de nacer vivía,
ó si es que, al nacer, he muerto.
Los que en la vida fuí dando
desde mis pasos primeros,
cual dados en sus linderos
los fué la muerte contando.

Camino, y en mal tan fuerte,
la mente desvanecida,
 nombra desvelo á la vida
y llama sueño á la muerte.

Ponen, con locos empeños,
mis sufrimientos á prueba,
desvelos, si el sol se eleva,
si se alzan las sombras, sueños.

Y así van al alma mía
sueño y desvelo asediando,
uno tras otro pasando
como la noche y el día.

Si de la vida, por suerte,
en breve término dejo,
conmigo doy sin consejo
en el confín de la muerte.

Y á veces tan dulces lazos
forman la muerte y la vida,
que una en otra confundida,
van una de otra en los brazos.

¿Si en mi ataúd, por fortuna,
daré mi primer vagido,
ó por fortuna habrá sido
lecho de muerte mi cuna?

¿Si he muerto al nacer, por suerte,
¿á qué me asedia la vida?

Y si ésta aun no está cumplida,
¿por qué me asedia la muerte?

¿Adónde, en tan ciego abismo,
voy tras de ensueños que adoro,
tanto, que entre ellos ignoro
si sombra soy de mí mismo?

¡Sacadme ya, Dios clemente,
de un abismo tan horrendo,
ó eternamente muriendo,
ó viviendo eternamente!

XXI

NADA DE NADA. — NADA POR NADA

Por cosas de este mundo
nunca te apures,
que no hay mal que no acabe,
ni bien que dure.
(CANTAR)

—*Nada me importa.*—Al sentimiento extraño,
ni en el bien gozo, ni en los males peno;
si ahogo en el «*no importa*» el propio daño,
sepulto en un «*¡paciencia!*» el daño ajeno.

Esperando mi mal, mi bien engaño;
paso lo malo en aguardar lo bueno;
y así el alma, en sí misma sepultada,
da á habido y por haber—*nada de nada*.

—*Me es todo igual*.—Nada el placer me importa,
ni al hosco aspecto del dolor me irrita;
si el mal la senda de mi vida acorta,
prorrumpo sin rencor:—*Estaba escrito*.
Cuando sus iras mi destino aborta,
—*Buen semblante á mal tiempo*,—me repito;
y así, cerrando á la pasión la entrada,
grabé en mi corazón:—*Nada por nada*.

—*Nada me importa*.—Que daré no ignoro
sepulcro al bien y al mal en mi indolencia.
Sé que mi amor han de curar, si adoro,
el tiempo, el gusto, otro placer, la ausencia.
La presunta ilusión, temple mi lloro,
amarga mis delirios la experiencia,
y de afectos en lid tan encontrada,
es lema de mi fe:—*Nada de nada*.

—*Me es todo igual*.—Como insaciable hiena
me hiere el desengaño carnicero,
pero en mi herida sin placer ni pena,
sepulcro doy al universo entero.
¡Oh vida inútil, de pesares llena!
¡Oh estéril mundo, donde el bien no espero!
Pues os debo esta fe desesperada,
nada de nada os doy; nada por nada.

XXII

VAGUEDAD DEL PLACER

I

—«Al que antes cumpla su anhelo
logrando la dicha extrema
de dar á su sien diadema
hecha de luces del cielo.»

Así una turba ligera
de niños baja diciendo,
tocadas del Iris viendo
las aguas de una pradera.

Siguen el monte esquivando,
y crece su empeño loco,
en tanto que, poco á poco,
va el Iris su luz menguando.

Y cuando de su ornamento
creían la sien orlada,
vieron su luz disipada
como fantasma en el viento.

—*¿Cómo es?*—desde el monte erguido
preguntan cuantos los miran.

Y alzan los ojos, suspiran,
y les responden:—*¡Ya es ido!*

—*¡Mentira!*—bajan diciendo
los que ven clara su lumbre,
y en tanto ganan la cumbre,
mustios los otros subiendo.

II

Porque sus lindos reflejos
son, al tocarlos, ficciones,
cual son de cerca ilusiones
las que venturas de lejos.

El Iris, siempre inconstante,
se va mostrando inseguro,
á los que bajan, obscuro,
y á los que suben, brillante.

—*¿Cómo es?*—en ronco alarido
gritan los antes burlados;

y los de ahora, extasiados,
tristes responden:—*¡Ya es ido!*

—*¡Mentira!*—dicen bajando
los que poco antes mintieron
y á los de abajo se unieron
prestos el monte esquivando.

III

Juntos, con pueril anhelo,
se agitan con ansia ardiente,
corriendo de fuente en fuente
tras los matices del cielo.

Y todos, dando á cual más
gusto á su pecho anhelante,
unos gritan:—*¡Adelante!*
y los de adelante:—*¡Atrás!*

Y así, sin orden ni guía,
aquí y allí discurrieron,
y ni allí ni aquí le vieron,
y en todas partes lucía.

Y, al verle desvanecido,
con más vergüenza que enojos,
vueltos al cielo los ojos,
exclaman todos:—*¡Ya es ido!*

IV

Así en eterno cuidado,
aquí y allí, nuestro intento
corre fugaz por el viento
tras un placer nunca hallado.
Que el hombre, en su desacuerdo,
llama, al verle en lontananza,
si es delante, una esperanza,
y si es detrás, un recuerdo.
Y aun no marcó en su sentido
el gusto una vana huella,
cuando, imprecando su estrella,
suspira y dice:—*¡YA ES IDO!*

XXIII

ÚLTIMAS ABJURACIONES

¡Voy á morir! Prenda del alma mía,
este el centón de mis quimeras es;
leed, leed, y de la gloria impía
de tanto error abjuraré después.

EL HIJO (*leyendo*)

—«Cuna de rosas al nacer hallamos.»

EL PADRE

—*¡Mentira! Abrojos al nacer nos dan.*

EL HIJO

—«Rosas, la vida al comenzar, hollamos.»

EL PADRE

¡Falso! ¡Los pies por entre abrojos van!

¡Voy á morir! Las bárbaras memorias
que el fin amargan de mis horas ved.
¡Cúmulo abyecto de entrañables glorias!
Leed, por Dios, y escarmentad; leed.

EL HIJO

—«Su vida el hombre de ilusiones puebla.»

EL PADRE

—*¡Ay! Necio error á la ilusión llamad.*

EL HIJO

—«Huye la edad de la razón cual niebla.»

EL PADRE

¡Horror! ¡Pasad, horas sin fin, pasad!

¡Voy á morir! De nuestra vida escasa,
pasa en engaños la primer mitad;
la otra mitad en desengaños pasa;
¡nunca olvidéis esa cruel verdad!

EL HIJO

«¡Triste es dejar del mundo la presencia!»

EL PADRE

—*¡Mundo, os doy ledo mi postrer adiós!*

EL HIJO

—«Perece el bienestar con la existencia.»

EL PADRE

—*¡Muerte, del hombre el bienestar sois vos!*

XXIV

QUIEN MÁS PONE, PIERDE MÁS

*Es la constancia una estrella
que á otra luz más densa muere;
á quien más con ella quiere,
menos le quieren con ella.*

Este refrán que te canto,
tiene, amor mío, tal arte.

que su verdad á probarte
con una *conseja* voy.
Fué una niña de quince años
el duende de esta *conseja*,
y aunque la niña ya es vieja,
aun dice entre angustias hoy:

*Que es la constancia una estrella
que á otra luz más densa muere;
y á quien más con ella quiere,
menos le quieren con ella.*

Tuvo la niña un amante
á quien, idólatra, un día,
—Te he de querer—le decía—
hasta después de morir.

Y si con Dios avenida,
corta mi aliento la muerte,
dejaré el cielo por verte.—
Tal dijo, sin advertir

*que es la constancia una estrella
que á otra luz más densa muere;
y á quien más con ella quiere,
menos le quieren con ella.*

Murió la niña, y cumpliendo
de su antiguo amor los gustos,
dejó el país de los justos
y al mundo el vuelo tendió;
y cuando alegre á su amante
con alas de ángel cubría,
—¿Ves cual dejé—le decía—
el cielo por ti?—Mas, ¡oh!

*que es la constancia una estrella
que á otra luz más densa muere;
y á quien más con ella quiere,
menos le quieren con ella.*

Durmió el ángel á su lado,
y, de otra esfera anhelante,
sus alas cortó el amante
y en ellas al cielo huyó.

Y al encontrarse la niña
víctima de un falso trato,
llorando vió que el ingrato
subiendo al cielo cantó:

*Es la constancia una estrella
que á otra luz más densa muere;
y á quien más con ella quiere,
menos le quieren con ella.*

XXV

ADIÓS PARA SIEMPRE

A Carolina

Por que no infiel juzguéis á mi memoria,
aunque os digo, *por siempre*, al huir de vos,
la eternamente lamentable historia
vais á escuchar de mi primer *adiós*.

«Era una niña como vos afable,
lozana, y pura y celestial cual vos.»
¡Quien, al dejar á un ser tan adorable,
podrá decirle: ¡*Para siempre adiós!*!

«Partí... y la fama me contó su muerte.»
¡Guárdeos el cielo de su suerte á vos!
Y al recordar su abominable suerte,
dejad que os diga: ¡*Para siempre adiós!*!

Pues siempre, herido de dolor tan fiero,
desde aquel día, como ahora á vos,
á cuantos seres con el alma quiero,
¡*Adiós*, les digo, *para siempre adiós!*!

XXVI

BENEFICIOS DE LA AUSENCIA

Agur, Irene; hasta cuándo,
no te lo podré decir;
por Dios, que al verme florando,
ganas me dan de reir.

¡Quién creyera,
flor de mi natal ribera,
que si lloro á los dos pasos,
me reiré á los tres escasos!
Esto me recuerda, Irene,
que algún día
leí contigo una *Higiene*
que decía
que, conforme á la experiencia
de un doctor,
*es un bálsamo la ausencia
que cura males de amor.*

Ya te escribiré, mi bien,
cuantas penas me atormenten,
aunque, á ojos que no ven,
corazones que no sienten.

¡Qué infinito
será tu amor... *por escrito!*
Mas dice Santo Tomás
que *ver y creer*, y no más.
Este refrán no te corra,
advirtiéndote
que *el tiempo todo lo borra*,
y sabiendo
que, conforme á la experiencia
de un doctor,
es un bálsamo la ausencia
que cura males de amor.

—¡Qué yertas son las francesas!—
te diré todos los días;
—¡qué heladas!—si son inglesas;
y si italianas,—¡qué frías!

Y entretanto
mil y mil serán mi encanto.
¡Ah, cubren tanta ficción
las alas del corazón!
Hermosa Irene, ten calma.
¿Por qué lloras?
No llores, prenda del alma,
pues no ignoras
que, conforme á la experiencia
de un doctor,
es un bálsamo la ausencia
que cura males de amor.

Parto por fin, ya amanece;
adiós, alma de los dos;
ruega á Dios que no tropiece
por esos mundos de Dios.

Si hoy te adoro
con la obstinación de un moro,
tal vez me ablande mañana
el fuego de otra cristiana.
Sí, que aunque este amor es cierto,
¡ay! presumo
que el amor de un *ido* ó un *muerto*
siempre es humo;
que, conforme á la experiencia
de un doctor,
es un bálsamo la ausencia
que cura males de amor.

XXVII

EL AMOR INMORTAL

—¡Atrás! que ya los altares
velan las sombras profanas,
y al vulgo de estos lugares
le llaman á sus hogares
con su oración las campanas.

¡Atrás! y no en loco tema
traigas revuelta en la falda,
símbolo de tu fe extrema,
esa florida guirnalda
de tus amores emblema.

Torna, loca, á tu alquería,
porque, si bien lo contemplo,
es necio, por vida mía,
dejarme así cada día
lleno de hierbas el templo.

—He de ver su sepultura,
pese á sus iras crueles,
pues bien nos predica el cura
que nunca el Dios de la altura
cierra su casa á los fieles.

—Así te azucen traidores
alguna vez sus mastines,
por tus ofrendas de amores,
los dueños de los jardines
en donde robas las flores.

Y pues que en tal desacierto
sigues con cordura poca,
quédate ahí, y ten por cierto
que gana muy poco un muerto
con la oración de una loca.—

¡Cuitada, que en su quebranto
no halle en la tierra consuelo,
lo busca en el cielo santo,
y sordo también el cielo
las puertas cierra á su llanto!

Huye, niña, que á esa puerta,
entre nocturnos reflejos,
pareces ya de una muerta
la sombra que vaga incierta
llorando gustos añejos.

Huye, que de amor ajena,
como á imagen de la muerte,
llamándote *el alma en pena*,

de horror la comarca llena
cierra las puertas al verte.

¡Pobre loca, que en su intento,
sin que su afán se corra,
ama con ardor violento
memorias que el tiempo borra,
cenizas que lleva el viento!

¡Oh, muy loca es quien no ha oído,
porque escarnecerla puedan,
que en este mundo fingido
sólo pagan con olvido
á los que se van, los que quedan!

XXVIII

BUENAS COSAS MAL DISPUESTAS

Epístola á Emilia

(SÁTIRA CONTRA EL GÉNERO HUMANO)

Verdadera miseria es vivir en
la tierra. Cuando el hombre quiere
ser más espiritual, tanto le será
más amarga la vida; porque siente
mejor, y ve más claro los defectos
de la corrupción humana.

(KEMPIS, lib. I, cap. XXII.)

INTRODUCCIÓN

Del hombre, Emilia, las virtudes canto,
aunque al hombre al cantar, siempre sin calma
cayendo está sobre mi risa el llanto.

Dicen que lleva la moral la palma
con el físico el alma comparando,
mas tan ruin tiene el cuerpo como el alma.

Perdonad mi opinión los que llamando
al hombre la mejor de las conquistas,
un culto le rendís; ¡culto nefando!

Hablo con vos, ilusos moralistas,
con vos, factores de virtudes, hablo,
que en el hombre miráis cosas no vistas.

Vos, alzando un aurífero retablo,
ponéis al hombre en preeminente nicho,
siendo digno de altares como el diablo.

Vos, que le amáis por bárbaro capricho,
sois, su hipócrita instinto disculpando,
más hipócritas que él: lo dicho, dicho.

Vos, al hombre en vosotros adorando,
vivís, amantes de vosotros mismos,
la humanidad falaces incensando.

¡Huid con tan revueltos silogismos
á la luz con que alumbro temerario
del corazón los múltiples abismos!

Derrocad por pudor vuestro escenario,
ó, agitado á mi voz el pueblo, arguyo
que os romperá en la frente el incensario.

Mas ya de vos, sin ahuyentaros, huyo,
porque, altivo, desprecio á los histriones,
y en santa paz mi introducción concluyo.

Cuando, cual don de sus mejores dones,
Dios hizo al hombre, le adoptó por hijo,
y en su afán le colmó de bendiciones.

Y en cuanto al hombre su Señor bendijo,
—Si ennobleces con esto tu existencia,
serás mi ser más predilecto,—dijo.

Y en prueba de inmortal munificencia
echó á sus pies con paternal contento
la fe, el amor, la gloria, la conciencia,
el honor, la virtud, el sentimiento.

I

EL SENTIMIENTO

¿Qué dirás que hizo el hombre, aun inocente,
al verse de virtudes opulento?

(No te rías, Emilia.) Lo siguiente:

Al sentimiento se acercó al momento,
y echando al corazón enhoramala,
se colocó en la piel el sentimiento.

La aprensión, vive Dios, no fué tan mala,
porque en su alma el dolor jamás se ceba,
pues siempre fácil por su piel resbala.

Así el dolor de la más triste nueva,
si un aire se lo trae, cuando pasa,
otro aire, cuando pasa, se lo lleva.

Y así el alma en sentir es tan escasa,
cuando antes, por la piel, el sentimiento
con ímpetus brutales no traspasa.

¡Ay, por eso se olvidan al momento
al muerto padre, que á llorar provoca,
la ausencia de un amigo y de otros ciento!

Y así el alma en su fondo nunca toca
la lumbre de unos ojos que se inflaman,
el regalado aliento de una boca.

Y por eso nunca oye á los que la aman,